

CULTURA

'No me gusta mi cuello', el cómico tratado sobre una incipiente vejez, se publica en español 11 años después del fallecimiento de la escritora neoyorquina

El humor de Nora Ephron todavía se contagia

BERNA GONZÁLEZ HARBOUR, Madrid La promoción de los libros suele pasar hoy por las entrevistas a los autores, un género sobrecargado por la omnipresencia de los más prolíficos y que al mismo tiempo deja en segundo plano a los fallecidos. Especialmente cuando sus obras les sobreviven, resucitan o se recuperan al margen del particular *star system* literario.

Y este es el caso de Nora Ephron, un personaje que aún crece y se multiplica entre las raíces de una modernidad occidental que contribuyó a construir y que sigue robusta pese a las acometidas de nuevas tendencias. Si estuviera viva todos pelearían por entrevistarla, por escucharla; llenaría foros y los llenaría de jóvenes. Pero no lo está. Ephron murió en 2012 a los 71 años, demasiado joven en la era en que podemos seguir amando a ancianos activos como Alice Munro (91), Ida Vitale (99), Margaret Atwood (83), Annie Ernaux (82) o Rafael Cadenas (93).

La periodista, guionista, directora y productora neoyorquina había fascinado a espectadores y lectores con películas de éxito como *Cuando Harry encontró a Sally* (1989) o *Tienes un email* (1998), productos de época, aquella época, que sin embargo mantienen la frescura de quienes supieron reflejar su tiempo. El ligo, el amor, el desamor, los celos, el adulterio, la inseguridad, la imperfección, las nuevas formas de comunicación y el despertar de la mujer tras décadas de ejercer de ama de casa generalmente frustrada fueron su hábitat, preludeo del actual.

El feminismo libraba sus grandes batallas y su obra respiraba esa hambre de liberación e igualdad que marcaba la época, pero también de inseguridad, de fracaso. Si Richard Yates o John Cheever habían reflejado las contradicciones del sueño americano, la era de esa clase media acomodada que emergía en los cincuenta y sesenta con tantas posibilidades económicas como frustraciones, Nora Ephron recogió el guante especialmente en los ochenta y pintó como nadie lo que venía después. Lo hizo en una simbiosis creativa entre películas, ensayos, artículos y novelas que también hablan de su tiempo, de una *thermomix* en la que cine, libros y prensa pueden convivir mientras generan *delicatessen*. Y de ahí venimos.

Se cumplen ahora 40 años de la publicación de *Heartburn* (traducida en España como *Se acabó el pastel*), la novela en la que apenas se molesta en camuflar el estallido de su relación con Carl Bernstein, uno de los dos periodistas del caso *Watergate*. Y la prensa estadounidense lo ha celebrado a lo grande. *The Washing-*



Nora Ephron, en 2010. / SCOTT McDERMOTT (GETTY)



Nora Ephron y Carl Bernstein, en una fiesta a finales de los setenta. / GETTY

ton Post lo considera un clásico de la literatura de venganza, de despecho, ese libro que pronto se convirtió "en algo mucho más grande que la fina bagatela que parecía". Ha tenido ediciones de conmemoración, que acompa-

ñan un *revival* de sus ensayos, siempre actuales, vigentes. Al estallar la pandemia, la revista *Vogue* lanzó la pregunta: "¿Cómo lo habría abordado Nora Ephron?". Su espíritu sigue vivo, su estilo es añorado y sus postulados siguen

La autora aborda la crianza y el enfrentamiento al hijo adolescente

En 'Se acabó el pastel' ajustó cuentas con Carl Bernstein

"Me fascina ver que la vida jamás decepciona", dijo en una ocasión

en boca de muchos. Su mantra es el de sus seguidores: "Por encima de todo sé la heroína de tu vida, no la víctima". Una máxima que también recoge en sus últimos libros.

En España se acaba de publi-

car *No me gusta mi cuello*, una especie de tratado vital de una sesentona algo anterior a *No me acuerdo de nada* (ambos en Libros del Asteroide), el relato cómico y al mismo tiempo realista y mordaz de una incipiente vejez que avanza comiéndose a trozos la belleza, la energía, la vida.

La comicidad como herramienta es su mayor lección. Su forma de decir desde la tumba que si ella, autora de éxito y retratista de generaciones de mujeres modernas y llenas de cuernos, amores rotos, alquileres imposibles, botes de cremas carísimas e ineficaces y todas las frustraciones que podemos amasar sin ser precisamente de Burkina Faso, si ella consigue burlarse, las demás también pueden.

Biquinis imposibles

En el primero de estos libros, *No me gusta mi cuello*, Ephron hilvana las preocupaciones que conlleva hacerse mayor a partir de figuras aparentemente frívolas, intrascendentes, como el momento en que una empieza a estar rodeada de mujeres con jerseys de cuello alto. Se acabó la impunidad. El cuello arrugado, el bikini imposible, la lorza que nadie sabe de dónde salió y que obliga a cambiar de armario... todo sirve a Ephron para hacer el catálogo perfecto del tiempo imperfecto que se le echa encima. No hay autoayuda posible, no hay engaños, no hay escapatoria más allá de la burla. Su mirada inteligente y autocrítica es una sutilísima manera de narrar a lo grande desde lo pequeño; de servir su experiencia en bandeja. "Me fascina ver que la vida jamás decepciona", dirá en un momento. "No logro entender que alguien pueda escribir ficción cuando lo que ocurre en la vida real es tan asombroso".

Así se sabrá que, como becaria que fue de la Casa Blanca en tiempos de Kennedy, debió de ser la única a la que no tiró los tejos. El mítico presidente debió de oler su capacidad para la indiscreción además de desdén su horrible permanente. Su gran desamor se llamaba Bill y se apellidaba Clinton y a él le culpa de no dejar el terreno bien sembrado para Al Gore. Se sabrá también que la crianza con una dedicación insospechada a los hijos —esas lactancias hasta que el niño sabe desabrochar la blusa de la madre, esa culpabilización que acaba en terapia...— se estrella sí o sí contra la adolescencia y la propia ley de vida: porque los hijos se volverán insoportables, fumarán marihuana, chocarán con los padres, se irán y solo años después volverán a parecer algo decente.

El desparpajo y la velocidad que emplea Ephron para relatar el ocaso de su vida en ese libro y —acaso aún más— en *No me acuerdo de nada* son solo comparables al humor que regala y la honestidad al describir sus propios fracasos. La neoyorquina se arremanga para retratar su propio deterioro, la pérdida de la memoria, de los amigos, de los maridos. No hay tristeza, ni conmemoración al repasar su vida, solo la virtud de pegarse a la verdad. Este libro corto, vital, gracioso y veraz fue el último. Y para muchos lectores, puede ser el primero.